

16ºD. TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO 13,24-43.

En aquel tiempo, Jesús propuso esta parábola a la gente:

-El Reino de los Cielos se parece a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero, mientras la gente dormía, un enemigo fue y sembró cizaña en medio del trigo y se marchó. Cuando empezaba a verdear y se formaba la espiga apareció también la cizaña. Entonces fueron los criados a decirle al amo:

-Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde sale la cizaña?

Él les dijo: -Un enemigo lo ha hecho.

Los criados le preguntaron: -¿Quieres que vayamos a arrancarla?

Pero Él les respondió:

-No, que podríais arrancar también el trigo. Dejados crecer juntos hasta la siega, y cuando llegue la siega diré a los segadores:

-Arracad primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla, y el trigo almacenadlo en mi granero.

MIRAR SÓLO LO BUENO

El Evangelio de hoy nos habla de tres parábolas con las que Jesús quería enseñar a la gente cómo es y donde encontrar el «Reino de Dios». Nos centraremos en la primera de ellas, la del «grano de trigo y la cizaña», que ilustra el «problema del mal en el mundo» y pone de relieve «la paciencia de Dios». ¡Cuánta paciencia tiene Dios! También cada uno de nosotros podemos decir: «¡Cuánta paciencia tiene Dios conmigo!».

La narración se desarrolla en un campo con dos protagonistas opuestos. Por una parte el dueño del campo que representa a «Dios y esparce la semilla buena». Por otra el enemigo que representa a «Satanás y esparce la hierba mala». Con el pasar del tiempo, junto al grano, crece también la cizaña y ante este hecho el dueño del campo y sus siervos tienen actitudes distintas.

Los siervos se preocupan por «un campo sin maleza» mientras que el amo se preocupa por el buen trigo. Los primeros quieren arrancar la cizaña mientras que el dueño quiere «salvar el trigo». Por eso se opone diciéndoles: «no, no sea que, al recoger la cizaña, arranquéis a la vez el trigo». Con esta imagen, Jesús nos dice que en este mundo «el bien y el mal están tan entrelazados y que es imposible separarlos» para extirpar el mal. «Solo Dios puede hacer esto y lo hará en el tiempo de la siega, en el juicio final».

Al hombre moderno le resulta difícil aceptar la idea de un «juicio final de Dios» sobre el mundo y la historia. Sin embargo, negar este juicio no deja de ser para este hombre moderno una «contradicción», pues ello le supone «aceptar que la injusticia pueda tener la última palabra». Y si bien han sido muchos los cambios a los que el hombre ha tenido que acostumbrarse a lo largo de los tiempos, es bien cierto que la injusticia ha sido algo a lo que «nunca se ha acostumbrado», algo que siempre ha experimentado como «intolerable». Y es a esta «sed de justicia» a la que responderá el juicio.

En el Reino de un Dios así «no hay lugar para siervos impacientes», para personas que no saben hacer otra cosa que invocar los castigos de Dios. Jesús reprochó un día a dos de sus discípulos que le pedían hacer llover fuego del cielo sobre los que les habían rechazado.

La Iglesia misma es un campo dentro del cual crecen juntos trigo y cizaña, buenos y malos, pero es el lugar donde hay espacio para «crecer», para «convertirse» y sobre todo para «observar e imitar la paciencia de Dios». Hay un solo campo del que es lícito y necesario arrancar inmediatamente la cizaña y es «el del propio corazón».

Pero la ley de Dios no es una simple paciencia, una espera de castigos en el día del juicio. La ley de Dios es «magnanimidad», es «misericordia», es «voluntad de salvar». Debemos esperar la siega, sí, pero no como aquellos siervos ansiosos de ver la cara de los malvados en el día del juicio. Debemos esperar la siega como hombres que hacen propio el deseo de Dios de «que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad».

Se trata pues de encontrar el punto adecuado de observación de la realidad, de **«ver las cosas a la luz de la eternidad»**. ¡Cómo cambian las vicisitudes de la vida cuando se ven desde este punto de vista!

Con sus ambigüedades y su complejidad transitamos por **«el campo de la libertad»**, un campo en el que tiene lugar el difícil ejercicio del **«discernimiento entre el bien y el mal»**. Y en este campo se trata entonces de combinar, con gran **«confianza en Dios y en su providencia»**, dos actitudes aparentemente contradictorias: **«la decisión y la paciencia»**.

La decisión es la de **«querer ser buen grano»**, todos lo queremos, con todas nuestras fuerzas, y entonces alejarnos del maligno y de sus seducciones. La paciencia significa **«aceptar de buen grado tener que convivir con el mal»**. Dice el Papa Francisco que **«quiere una Iglesia que sea levadura en la masa»**,

que no tema ensuciarse las manos lavando las ropas de sus hijos y **«no una Iglesia de puros»** que pretenda juzgar, quién está en el Reino y quién no.

El Señor, que es la Sabiduría encarnada, hoy nos ayuda a comprender que el bien y el mal no se pueden identificar con territorios definidos o con determinados grupos humanos, **«estos son los buenos, estos son los malos»**. Él nos dice que **«la línea de frontera entre el bien y el mal pasa por el corazón de cada persona»**, pasa por el corazón de cada uno de nosotros, es decir, **«todos somos pecadores»**.

«Mirar siempre y solamente el mal que está fuera de nosotros», significa no querer reconocer el pecado que está también en nosotros. Jesucristo, con su muerte en la cruz y su resurrección, nos ha liberado de la esclavitud del pecado y nos da la gracia de **«caminar en una vida nueva»**. Pero con el Bautismo nos ha dado también la **«Confesión»**, porque siempre necesitamos ser perdonados por nuestros pecados.

Y además Jesús **«nos enseña un modo de mirar el campo del mundo»**, de observar la realidad. Estamos llamados a **«aprender los tiempos de Dios»**, que no son nuestros tiempos y también **«aprender mirada de Dios»**, la que gracias al influjo benéfico de una agitada espera, **«lo que era cizaña o parecía cizaña, se ha convertido en un gran trigo»**. Es la realidad de la **«conversión»** y es la perspectiva de la **«esperanza»**.

Hoy el Señor **«nos invita»** pues, a **«asumir su misma mirada»**, la que mira al buen trigo y sabe custodiarlo también entre las malas hierbas. No colabora bien con Dios quien se pone a la caza de los límites y de los defectos de los otros, pero sí colabora **«quien sabe reconocer el bien»**, que crece silenciosamente en el campo de la Iglesia y de la historia, y **«cultivarlo hasta su maduración»**. Y entonces **«será Dios, y solo Dios, quien premie a los buenos y castigue a los malvados»**. ¡Que así sea!



SOMOS TRIGO Y CIZANA A LA VEZ

Al que escucha mis palabras y no las cumple,
yo no lo juzgo,
porque no vine a juzgar al mundo,
sino a salvarlo.
Juan 12:47